

# “Las que tienen que servir”<sup>1</sup> y las servidas. La evolución del servicio doméstico en el franquismo y la construcción de la subjetividad femenina<sup>2</sup>

EIDER DE DIOS FERNÁNDEZ

Departamento de Historia Contemporánea, Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea

Fecha de recepción: 3 de diciembre de 2012

Fecha de aceptación: 27 de mayo de 2013

Fecha de publicación: 1 de septiembre de 2013

*Revista Historia Autónoma*, 3 (2013), pp. 97-111. ISSN:2254-8726

**Resumen:** Uno de los personajes femeninos más comunes del cine español desde la década de los cincuenta hasta mediados de los setenta fue la “chacha”. La explicación a este fenómeno la hayamos en que el servicio doméstico, que hasta entonces se había considerado como uno de los pilares del “hogar español”, estaba cambiando. La criada ejemplificaba cómo el modelo de mujer y el propio hogar estaban modificándose. A través de este artículo analizaremos el imaginario colectivo que rodeaba la figura de la criada, pero también el cambio identitario desde la sirvienta a la empleada de hogar que se dio durante esos años y las relaciones que se tejieron entre empleadas y empleadoras por medio de la historia oral.

**Palabras clave:** Servicio doméstico, franquismo, feminidad, domesticidad, subjetividad.

**Abstract:** Since 1950s until mid 1970s, one of the most common characters in the Spanish films was the maid, called “chacha”. The reason of this was that the pillar of the Spanish homes, the Help, was changing. Maids exemplified how the image of womanhood and the home were changing as well. Through this paper we will analyse the collective imaginary about maids, the identity change from servant to home worker and the relationship between maids and mistresses during the Franco regime using Oral history.

**Keywords:** The Help, Franco regime, womanhood, domesticity, subjectivity.

---

<sup>1</sup> Forqué, José María (dir.), *Las que tienen que servir* (DVD), Madrid, Divisa Red, 2008. Película de 1967 que narra las aventuras de dos criadas extremeñas.

<sup>2</sup> Este artículo se enmarca en el proyecto que lleva a cabo el Grupo de Investigación “La experiencia de la sociedad moderna en España 1870-1990”, financiado por la UPV/EHU (código GIU08/15) dirigido por José Javier Díaz Freire.

## Introducción

A finales de los cincuenta en España existía un gran debate sobre el futuro del servicio doméstico y los cambios que se estaban produciendo en él, modificaciones que iban de la mano de profundos cambios sociales. Los agentes de la modificación del servicio doméstico fueron las interinas, mujeres que limpiaban por horas en una o varias casas, con ellas de forma progresiva el servicio doméstico pasaría a convertirse en una profesión.

El debate que generaba la profesionalización de las *muchachas* pudo verse reflejado en la prensa de la época. De hecho, aún a mediados de la década de los sesenta, prácticamente la única *mujer trabajadora* que se encontraba en periódicos, revistas y películas eran las *mujeres del servicio*, lo cual nos indica la importancia del servicio doméstico en el franquismo. Otro de los temas que generaban debate era la relación entre señoras y criadas. Dicha relación y el imaginario colectivo que la sociedad franquista tenía de unas y otras constituirán dos puntos clave a tratar en este artículo. Apreciaremos cómo la identidad de señoras y criadas se construyó mutuamente mediante una relación de intersubjetividad, una relación compleja de ida y vuelta, de aceptación y negación, de oposiciones binarias que actuaban como vasos comunicantes. Por último, ahondaremos en la construcción de la identidad de *mujer trabajadora*, el modelo de mujer que comenzó a tomar fuerza en los sesenta y que hoy continúa su fortalecimiento, no sin contradicciones. Exploraremos cómo el presente, que no cuestiona la condición trabajadora de las mujeres, condiciona los testimonios de las mujeres que hemos entrevistado, en el sentido que todas ellas, tanto criadas como señoras, tratan de incorporarse al modelo de mujer trabajadora.

A través del estudio de la memoria y del recuerdo exploraré la subjetividad de las mujeres del servicio doméstico. Debemos tener en cuenta que una de las características más valiosas de las fuentes orales es que, si bien tienen validez informativa y nos permiten conseguir testimonios reveladores sobre acontecimientos pasados, sobre todo introducen la subjetividad del que recuerda<sup>3</sup>.

Una de las funciones principales de la historia oral es ensanchar el presente y conferir un mayor espesor al tiempo pasado, presente y futuro. Aquello con lo que entra en contacto la historia oral al intentar analizar cómo se han vivido determinadas experiencias no es tanto una información sino un discurso construido. No se trata de un relato concluido, sino de un relato cambiante, atravesado por silencios, contradicciones y olvidos que se ve alterado por las circunstancias específicas del contexto social y por el propio presente que se materializa en la entrevista<sup>4</sup>. El objetivo del tipo de entrevista que llamamos historia de vida será visitar con el entrevistado los *enclaves de la memoria*:

<sup>3</sup> Benadiba, Laura, "Reflexiones acerca de la historia oral", en Benadiba, Laura (comp.), *Historia Oral: Fundamentos Metodológicos para reconstruir el pasado desde la diversidad*, Rosario, Suramérica Ediciones, 2010, p. 16.

<sup>4</sup> Mendiola, Ignacio, "Tiempos y espacios en la narración de la experiencia sociohistórica", en *Ibidem*, pp. 131-132.

lugares mentales privilegiados que permiten recordar escenas vividas y las emociones del pasado. Más tarde, en diálogo abierto con el resto de las fuentes, el objetivo del historiador será interpretar el significado vital y emocional de estos enclaves que nos ayudarán a conocer los nudos de la trama identitaria del entrevistado. Todo ello, nos permitirá hallar las claves interpretativas de la experiencia individual y colectiva de un periodo histórico<sup>5</sup>.

Para concluir me gustaría decir que si la memoria es la creadora de identidades, las historias de vida constituyen el método idóneo para estudiar el proceso de construcción de identidades y la subjetividad de los individuos. Las historias de vida escogidas para este artículo pertenecen a tres mujeres que han guardado mucha relación con el servicio doméstico. Dos de ellas, Elisa Robledo e Isi Herrera han sido durante toda su vida trabajadoras de hogar y constituyen una fuente rica para entender las condiciones sociales e identitarias de las mujeres que durante las décadas de los sesenta y setenta se dedicaron al servicio doméstico. Genoveva Aguirre, en cambio, nos acerca a las experiencias con el servicio doméstico desde la perspectiva de la empleadora, en este caso, del ama de la casa perteneciente a la alta burguesía. Las edades de estas mujeres oscilan entre los 68 y los 74 años, por lo tanto, han vivido en primera persona los cambios que ha sufrido el servicio doméstico desde la década de 1950 hasta nuestros días.

Todas las entrevistadas pertenecen al Gran Bilbao, un término que compila trece municipios. A pesar de las características propias que guarda el servicio doméstico en el País Vasco, creemos que Bilbao mantiene muchísimos parecidos con el servicio doméstico presente en grandes ciudades como Madrid o Barcelona y son en esos parecidos en los que nos vamos a detener. Creemos que las experiencias de estas mujeres pueden ser aplicables al resto de España y que sus testimonios constituyen una fuente privilegiada para poder comprender la evolución del servicio doméstico y conocer las relaciones que se tejían en él desde el franquismo hasta nuestros días.

## 1. El servicio doméstico y su imaginario

Constituye un pensamiento común que con el advenimiento del régimen franquista y el consiguiente incremento de los servicios hacia el Estado y el funcionariado, el servicio doméstico también se vio incrementado<sup>6</sup>.

Se dieron una serie de factores que facilitaron este ascenso, para comenzar, podríamos citar la propia imagen de mujer que impulsó el régimen franquista. Una mujer ligada al hogar, cuyo papel principal debía consistir en ser buena madre, esposa y ama de

<sup>5</sup> Llona, Miren, "Historia oral: la exploración de las identidades a través de la historia de vida", en Llona, Miren (coord.), *Entreverse. Teoría y metodología práctica de las fuentes orales*, Bilbao, Servicio de publicaciones de la Universidad del País Vasco, 2012, p. 22.

<sup>6</sup> Mirás Araujo, Jesús, "Una aproximación al peso del servicio doméstico femenino en la ciudad de A Coruña entre 1900 y 1960", en *HMIC*, 1 (2003), pp. 21-33. «<http://ddd.uab.cat/pub/hmic/16964403n1p21.pdf>» [Consultado el 17 de diciembre de 2012].

casa. Se prohibió la coeducación existente en la República en aras de dar a las niñas una educación más acorde con los *deberes propios de su sexo*. Además, para intentar fijar el papel de la mujer al hogar de manera exclusiva, el régimen promulgó leyes que limitaban notablemente la participación laboral y política de las mujeres<sup>7</sup>. Era necesario el salario de las mujeres, pero a través del aparato legal se relegaba a un papel secundario, el salario principal era el del marido, el trabajo principal y oficial también era algo de los hombres<sup>8</sup>. Las mujeres, especialmente las casadas, accedían al mercado laboral de forma irregular, trabajando principalmente en o a domicilio, y es en este contexto donde podemos entender la gran importancia del servicio doméstico en la España franquista<sup>9</sup>.

El servicio doméstico suponía la principal estrategia de migración de mujeres a la ciudad, pero este fenómeno no solo respondía a las escasas posibilidades económicas que el campo podía ofrecer. Respondía también al deseo de muchas mujeres de encontrar un lugar que brindara un mayor número de oportunidades y opciones, una mayor libertad, un mayor mercado matrimonial. En definitiva, un lugar que cumpliera de forma más satisfactoria con sus expectativas de juventud.

Estas mujeres entendían su emigración a la ciudad como una manera de progresar y es que el servicio doméstico comenzaba a ser interpretado como una etapa en la vida de una mujer, una forma de conseguir recursos para un futuro matrimonio. Son estos cambios los que generaban curiosidad en la sociedad y creaban gran expectación en los medios de comunicación:

“En general las chicas de servicio de las grandes ciudades poseen más cualidades negativas que positivas. Salidas de un ambiente tosco y sin conocimiento alguno de los hombres y de la vida, son fácil presa de las insidias de la ciudad. Asimilan lo malo de ésta y no se desprenden de la tosquedad rural de donde proceden. Al mismo tiempo que ayudan, comienzan por ser un problema para el ama de casa. Pero ¿es que la chica que tuviera más preparación cultural, religiosa y profesional aceptaría el servicio en las condiciones en que se realiza actualmente en España? Indudablemente, no”<sup>10</sup>.

Como observamos, se proyectaba una imagen de mujer rural, *de la España profunda*. Este tópico, por lo menos durante los años sesenta, se acercaba bastante a la realidad, y fueron muchísimas las mujeres que emigraron del campo a la ciudad por iniciativa propia.

<sup>7</sup> Ruiz Franco, Rosario, “Mujeres y represión jurídica en el franquismo”, en Fernández Asperilla, Ana (ed.), *Mujeres bajo el franquismo: compromiso antifranquista*, Madrid, Asociación para la Memoria Social y Democrática, 2009, p. 16.

<sup>8</sup> Babiano Mora, José, “Mujeres, trabajo y militancia laboral bajo el franquismo (materiales para un análisis histórico)”, en Babiano Mora, José (ed.), *Del hogar a la huelga, trabajo, género y movimiento obrero durante el franquismo*, Madrid, Catarata, 2007, pp. 25-26.

<sup>9</sup> Para el estudio del servicio doméstico durante el franquismo: Borderías, Cristina, “Las mujeres, autoras de sus trayectorias personales y familiares: a través del servicio doméstico”, en *Historia y Fuente Oral*, 6 (1991); Pérez Pérez, José Antonio, “Trabajo doméstico y economías sumergidas en el Gran Bilbao a lo largo del desarrollismo: Un mundo invisible y femenino”, en Babiano Mora, José (ed.), *op.cit.*, pp. 77-138.

<sup>10</sup> Padre Jesús María Vázquez, *El servicio doméstico en España. Su situación real y propuesta de resolución para sus problemas*, Madrid, Instituto Nacional de Previsión, Serie Estudios Premio Marva, 1960, p. 18.

La mayoría de ellas tenían familiares en la ciudad de acogida y respondían a un *efecto llamada*, pero por ello no debemos reducir la importancia de la capacidad de agencia de estas mujeres.

Esa adscripción de la criada al mundo rural también se correspondía con la idea que se expresa en el texto de que les costaba habituarse a la vida en la ciudad y a la utilización de los primeros electrodomésticos. A esa ruralidad se le sumaba rudeza y una inexistente sofisticación, por eso era común que a las criadas de las películas se las representara como brutas, iletradas e incultas. Eran vistas como mujeres hechas para el trabajo rudo y por eso se las denominaba *chicas para todo* porque eran a las que les adjudicaban las tareas más duras de la casa.

En el texto el autor criticaba las condiciones en las que se desarrollaba el servicio doméstico en España, pero deja claro que las chicas de servicio poseían escasas aptitudes y por ello no se podían emplear en otro oficio. También resulta interesante el fragmento porque señala la baja moralidad que a menudo se adscribía a las chicas del servicio doméstico. Es bastante común encontrarse con citas que relacionan el servicio doméstico con la prostitución y se suele explicar a través del desconocimiento que tenían las chicas de la ciudad. De hecho, según los datos recogidos en un informe de 1963, entre el 85% y el 95% de las mujeres adscritas al Patronato de Protección a la Mujer habían sido clasificadas como sirvientas<sup>11</sup>. A través de las entrevistas no hemos podido constatar esta tríada servicio doméstico-inadaptación a la ciudad-prostitución. En las películas de la época sí que podía señalarse esta relación, pero sobre todo se mostraba una imagen de la criada pícaro que disfrutaba del troteo con los señores de la casa o que sacaba provecho de ello.

Al mismo tiempo podemos encontrar en los medios de comunicación una consideración totalmente contraria a esa pretendida *baja moralidad*. La imagen de *chacha* por antonomasia la brinda Gracita Morales a través de sus continuas interpretaciones de mujeres del servicio doméstico<sup>12</sup>. Si bien todos los personajes que interpretaba como *sirvienta* eran muy similares y el recurso humorístico de la criada era objeto constante de burlas, no debemos quedarnos solamente con ese aspecto del personaje. En muchas ocasiones, la criada constituye un ejemplo a seguir y su presencia en la casa es justificada porque la señora de la casa *no cumple con sus obligaciones*, es decir, porque no es una *verdadera mujer*. Eran las sirvientas las que llevan adelante el manejo de la casa precisamente por la despreocupación de sus señoras. Es esa rudeza con la que se definía a las mujeres del servicio doméstico lo que justifica su sencillez y su vínculo a los roles tradicionales de la mujer. Podríamos decir que, a pesar de las burlas que generaban los personajes de la criada en las películas de los sesenta, se las entendía como *verdaderas mujeres*, mujeres que sabían llevar a cabo su papel y que no estaban contaminadas por los esnobismos de la ciudad y sus modas sociales.

<sup>11</sup> Montepío Divina Pastora, *Informe sobre el servicio doméstico en España y actuación del Montepío "Divina Pastora"*, Valencia, 1963, p.13.

<sup>12</sup> Entre estas películas destacamos *Chica para todo* (1963) y *¡Cómo está el servicio!* (1968), ambas dirigidas por Mariano Ozores.

## 2. Construyendo su propia identidad

Joan Scott afirmaba que las palabras adquieren sentido mediante contrastes implícitos o explícitos que se establecen en contextos determinados. El sentido es multidimensional y se establece de forma relacional, se dirige a más de un destinatario y se estructura en un campo discursivo ya existente que establece al mismo tiempo nuevos cambios. Siendo así, las definiciones positivas dependen de las negativas y su propia existencia implica descartar estas últimas<sup>13</sup>. Señoras y criadas fueron construyendo su propia identidad a través de aceptar o rechazar, modificar o reinterpretar elementos que les atribuía la sociedad, y sobre todo, a partir de diferenciarse las unas de las otras por medio de *pares de significado*. Estos pares de significado mostraban diferentes atributos entre señoras y criadas, para ambas el *ser mujer* significaba cosas diferentes, lo que nos muestra la gran polisemia del vocablo mujer así como la inestabilidad y complejidad de su significado.

Vamos a comenzar con el concepto de trabajadora. El que existiera un agente como la interina que trabajaba por horas y que guardaba una relación de carácter más laboral con los señores de la casa fue imprescindible para que las mujeres del servicio, también las internas, se fueran identificando a sí mismas como empleadas de hogar. A medida que el ideal de mujer trabajadora se fue consagrando, estas mujeres pasaron a considerarse a sí mismas trabajadoras. Isi Herrera<sup>14</sup> nos brinda clara muestra de ello:

“Aunque estabas muy atada a la familia y tenías que trabajar tenías cierta independencia, —confiesa Isi— o igual un mayor protagonismo que podrían tener ellas<sup>15</sup>. Salías, y entrabas, tenías mucho trabajo, pero eras como independiente, que eso mucha gente no lo ha sabido valorar, eh. Porque yo he sido independiente desde los 12 años. Desde los 12 he *estao* trabajando, y he aprendido hacer un trabajo lo que pasa que claro, sin títulos, éramos lo más bajo que había. Y es que me hacen mucha gracia cuando dicen «no es igual porque ahora las mujeres trabajan», y yo digo ‘«¡a ver!, ¿es que antes no trabajábamos?»», lo que pasa es que éramos interinas”<sup>16</sup>.

Este fragmento resulta muy interesante porque nos muestra cómo Isi Herrera valora de forma positiva su trabajo dentro del sector doméstico y en un trabajo denostado por la sociedad. En la medida que en todo recuerdo eclosionan el pasado, el presente, lo

<sup>13</sup> Scott, Joan, “Sobre lenguaje, género e historia de la clase obrera”, en Scott, Joan, *Género e Historia*, México D.F., Fondo de Cultura Económica-Universidad Autónoma de la Ciudad de México, 2008, pp. 85-86.

<sup>14</sup> Isabel Herrera nació en Ugarte, Trapagaran en 1943. Desde niña ayudó a su madre en la limpieza de una industria próxima. Con 12 años comienza a limpiar por horas en una empresa a la vez que estudiaba corte y confección. Al quedarse embarazada, dejó la limpieza para coser en casa, una vez que sus hijos tienen edad de ir al colegio vuelve al servicio doméstico. Hoy en día sigue trabajando en el servicio doméstico cuidando ancianos y vendiendo productos de limpieza por catálogo.

<sup>15</sup> Con este “ellas” Isi se refiere a las escasas mujeres de su barrio que no trabajaban.

<sup>16</sup> Herrera, Isabel, entrevista grabada, Trapagaran, 26 de abril de 2010.



individual y lo colectivo<sup>17</sup>, en este fragmento es apreciable la huella del presente porque es en el presente, con el modelo de mujer trabajadora y el modelo de supermujer consagrados, desde donde Isi no duda en considerarse trabajadora. Aprecia la independencia económica que tuvo desde sus 12 años y que mantuvo durante su matrimonio, independencia que en el futuro le permitió separarse, algo que no pudieron hacer muchas de sus coetáneas. Pero señala que esta independencia no ha sido debidamente valorada por la sociedad que ha continuado interpretando el empleo doméstico de forma negativa. Es aquí otra vez donde se muestra la huella del presente porque es en la sociedad de la que habla, desde la posmoderna, donde la movilidad y la flexibilidad se sitúan como punto neurálgico de las habilidades sociales, y donde la valoración del individualismo deja su impronta en la construcción social de su biografía<sup>18</sup>. La colectividad era el pilar fundamental en la sociedad en la que nació Isi, la sociedad industrial, en cambio en la sociedad posmoderna la individualidad es premiada y por ello reclama este reconocimiento de su independencia sobre su pasado. La experiencia es la misma, el trabajo en el servicio doméstico, pero la forma de valorar esa experiencia ha cambiado.

Por todas estas razones, Isi no acepta que estas mujeres independientes y trabajadoras no hayan sido juzgadas como tal y que solo las mujeres jóvenes de hoy en día sean consideradas trabajadoras. Reivindica que ella, como muchas otras, trabajó y también tuvo que combinar la vida laboral con la familiar, lo que ocurre es que esta labor estaba y sigue estando invisibilizada por llevarse a cabo en las casas y por ser socialmente criticada.

Otro de los aspectos que pone de relieve Isi Herrera es que, en su opinión, las mujeres que trabajaron fuera de casa tuvieron un mayor protagonismo social que las que no lo hicieron. En el fragmento anterior se refería a las mujeres de su barrio que no trabajaban fuera de casa, pero en muchas otras ocasiones las mujeres del servicio doméstico pueden definir a las señoras en los mismos términos, como mujeres que no hacían nada por la sociedad. Así recordaba Elisa Robledo<sup>19</sup> a una de sus primeras señoras:

“Estuve como dos años —recuerda Elisa— con unos señores que no tenían hijos, estábamos una doncella y yo. Total que no teníamos mucho trabajo. Yo empecé a ir a un centro, que se daban clases, la gente solía estudiar, aprender costura, pues a promocionarte un poco. Y le habíamos dicho que nos dejara salir una tarde a una, una tarde a otra, para aprender cosas. Bueno, pues la señora dijo que en su casa no salíamos más, y la dijimos «Pues si no nos deja salir nos marchamos, busque otra

<sup>17</sup> Llona, Miren, “Historia oral: la exploración...” *op. cit.*, p. 24.

<sup>18</sup> Roca i Girona, Jordi, “El temps de la (des)memòria: les biografies (post)industrials i les seves metàfores”, en *Revista d’etnologia de Catalunya*, 23 (2003), p. 27.

<sup>19</sup> Elisa Robledo nació en una aldea de Burgos en 1940, al acabar la escuela primaria se fue a un convento a Haro. A los 18 años decide que le gusta demasiado la vida familiar para dedicarse al noviciado. Se vuelve a su pueblo pero con la esperanza de poder trasladarse a un lugar que cumpla mejor con sus expectativas de juventud. Es entonces cuando viaja a Bilbao para trabajar en el servicio doméstico como interna. Una asociación religiosa le propone vivir de alquiler en un piso con empleadas domésticas. De esta forma, continuará en el trabajo doméstico pero de interina, trabajo con el que seguirá una vez de casada. Hoy en día al no haber cotizado no cuenta con jubilación propia.

persona que nosotras estamos hasta que venga otra». Porque era una señora inútil, no sabía ni peinarse yo fui aprender a peinarla a una peluquería expresamente. «Pues os marcháis ahora mismo», y se quedó ella sola con su marido en la casa, no sabía ni encender el fuego, pero el orgullo...”<sup>20</sup>.

Elisa describe a su señora en términos de “inútil”, una mujer vaga e indolente que no hacía nada por ella misma ni por los demás pero llena de orgullo. Encontramos aquí una dicotomía operativa entre señoras y criadas, en el discurso de Elisa Robledo podemos apreciar cómo la sirvienta es considerada trabajadora y mujer útil mientras que la señora es caracterizada como vaga, una persona que no aporta nada a la sociedad.

Se puede encontrar alguna mujer mayor que haya trabajado en el servicio doméstico y que no sepa leer. Aún así, la gran mayoría de mujeres que he entrevistado estudiaron hasta los 12 o 14 años, una escolarización que hoy podemos considerar escasa pero que en la década de los cuarenta y cincuenta era la común para la mayoría de las mujeres, incluso de mujeres de familias con elevado nivel adquisitivo. A lo largo de las entrevistas que he realizado, he hallado también el otro extremo de la imagen de la criada que no sabía leer, me refiero a mujeres que estuvieron estudiando de forma regular hasta los 16 y luego continuaron estudiando a través de clases nocturnas. Incluso se pueden encontrar mujeres que entraron en el servicio doméstico hacia la década de 1970 y 1980 que pudieron combinar este trabajo con una carrera universitaria. Aunque estas últimas sean una excepción, a través de las entrevistas orales hemos podido apreciar, y de hecho Elisa Robledo constituye un buen ejemplo, que existió de forma casi generalizada un afán por mejorar, por adquirir un mayor nivel cultural por parte de muchas mujeres que trabajaron en el servicio doméstico en las décadas de los sesenta y setenta. En este sentido, Elisa y su compañera no dudaron en salir de aquella casa si no podían conseguir una mejora de condiciones de trabajo para adquirir una mejor formación. Este afán de superación que implicaba esfuerzo no fue recogido por los medios de comunicación. No interesaba mostrar la imagen de una criada que ya no era ni tan inculta, ni tan ruda y que incluso por su propia dedicación había podido conseguir, en ocasiones, un mayor nivel cultural que su señora.

Además, esta escena de Elisa Robledo exigiendo el derecho a tener tiempo libre para mejorar su nivel cultural, nos muestra un perfil de las chicas del servicio mucho más reivindicativa de lo que comúnmente solían brindar los medios de comunicación, donde se las tildaban de pasivas. Este recuerdo nos muestra que estamos ante el cambio del servicio doméstico por el empleo doméstico, a partir de aquí nos encontramos con mujeres que no se consideraban sirvientas, eran empleadas de hogar, mujeres que buscaban una profesionalización, una preparación para ejercer de mejor manera su trabajo y ser mejor consideradas<sup>21</sup>.

<sup>20</sup> Robledo, Elisa, entrevista grabada, Bilbao, 27 de abril de 2010.

<sup>21</sup> Más adelante pasarían a considerarse trabajadoras de hogar. Dios Fernández, Eider de, “Perfiles de



Resulta muy interesante cómo estas trabajadoras se refieren a las señoras para las que han estado trabajando. Utilizan, como hemos visto, la palabra "inútil", que lo relacionan tanto con que no eran verdaderas mujeres, como en el sentido económico del término, es decir, con que no tenían valía en la sociedad. En comparación, ellas mismas se consideraban trabajadoras y mujeres aptas y útiles, se muestran orgullosas de ser mujeres todoterreno y lo convierten en pilar de su identidad.

Tanto Isi Herrera como Elisa Robledo se sentían orgullosas por considerarse útiles, por saber hacer de todo y por trabajar fuera de casa. Pero también se sentían muy orgullosas por la labor que llevaban a cabo en sus viviendas por encargarse de todo lo concerniente a la casa y al cuidado de los hijos sin relegar ni abandonar "sus funciones". Es decir, se sentían orgullosas porque a pesar de que trabajaban fuera de casa no se cuestionaba su domesticidad:

"Yo iba a trabajar, —nos cuenta Isi—les hacía los jerséis a mis hijos, los vestidos a mis hijas, es que yo sacaba tiempo para todo, no sé cómo lo hacía. Bueno, digo el día tiene muchas horas y le quitaba muchas horas a la noche también, nunca me he ido a la cama antes de las tres de la mañana. Y para las seis y media ya me levantaba a poner el desayuno a mi marido y seguía los desayunos a los hijos, limpiar los zapatos, todo, todo el *tinglao*. Gracias a Dios tenía manos *pa* todo, y eso es lo que hacíamos, madrugando para llevar los hijos curiosos a la escuela, y mientras ellos estaban en la escuela nosotras trabajábamos, y luego recogíamos a los hijos. Otras veces si no veníamos pues nos arreglábamos con las que trabajábamos. «Oye que hoy voy a venir más tarde ¿me recoges tu a los críos?» Y bueno, pues así hacíamos, ayudándonos unas a otras *pa* poder ir a trabajar"<sup>22</sup>.

Isi Herrera hace una defensa del trabajo doméstico como un trabajo que permite compatibilizar vida laboral con familiar. Esta compatibilización se llevaba mediante el seguimiento de una especie de horario militar, aunque con cierta flexibilidad, ajustando el trabajo extradoméstico a la vida familiar y no al contrario. Se muestran satisfechas de no haber tenido que depender de nadie en la crianza de los hijos o en el manejo de la casa. Isi Herrera reconoce que tuvo que recurrir en ocasiones a dejar a sus hijos a cargo de alguna vecina. Era algo común en su barrio ese tipo de solidaridad entre mujeres lo que nos recuerda el concepto de *conciencia femenina* de Temma Kaplan. En el barrio de Isi, como en muchos otros de entonces, se creó entre las mujeres trabajadoras un sentimiento de derechos y obligaciones que proporcionó una fuerza motriz centrada, sobre todo, en la supervivencia de la comunidad, del que estas mujeres eran las procuradoras

---

trabajadoras de hogar del desarrollismo vizcaíno", *X Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea: nuevos horizontes del pasado; culturas políticas, identidades y formas de representación*, Santander 16 y 17 de septiembre de 2010. Accesible en: <<http://www.ahistcon.org/docs/Santander/contenido/MESA%202%20PDF/Eider%20de%20Dios%20Fernandez.pdf>> [Consultado el 13 de mayo de 2012].

<sup>22</sup> Herrera, Isabel, entrevista grabada, Trapagaran, 26 de abril de 2010.

de la supervivencia del grupo. Esta solidaridad comunitaria se formaba en parte por un antagonismo común, en mayor medida que unos valores compartidos<sup>23</sup>. El antagonismo común en este caso se daba ante las amas de casa que cuestionan su domesticidad. Por eso, Isi Herrera cuenta que este tipo de relación solidaria se daba exclusivamente entre las mujeres que trabajaban fuera de casa, nunca recurría a amas de casa de su barrio.

Durante el franquismo, el hecho de que la labor doméstica de las mujeres fuera considerada como su epicentro a menudo provocó procesos de obsesión por la limpieza<sup>24</sup>. Si esta obsesión ha sido interiorizada por muchas mujeres que vivieron en esta época, no es difícil imaginar que la obsesión se incrementaba en el caso de mujeres que trabajaban de interinas. Isi Herrera y Elisa Robledo confiesan que han llegado a ser obsesivas con la limpieza porque les producía impotencia estar limpiando las casas de los demás sin dejar la suya reluciente, y para que otras mujeres pudieran ver que llevaban la casa perfectamente y evitar críticas. La limpieza simbolizaba una forma de compensar el tiempo que pasaban fuera de casa y el *llevar los hijos curiosos a la escuela* constituía el símbolo externo de esa compensación, a la vez que servía de señal que remarcará la doble invisibilidad, algo que mostrara que el trabajo externo de estas mujeres no repercutía en sus facetas de esposa, madre y ama de casa.

No solo las trabajadoras de hogar construyeron su identidad ligada a saber llevar una casa y dominar los cuidados de la misma. Se sienten *verdaderas mujeres* porque a pesar de que trabajaran bajo un régimen que de manera teórica deslegitimaba el trabajo de las mujeres, eran buenas amas de casa y por ello no contradecían el discurso oficial, o por lo menos no del todo. También las señoras, las amas de casa de clase media y alta como Genoveva Aguirre de la Villa<sup>25</sup> hacían de su domesticidad, de su buen hacer en la casa, un pilar fundamental de su identidad. Genoveva, a través de su testimonio, viene a desmentir el tópico de la mujer de clase media-alta indolente:

“«Genoveva, ¿bajas a ayudar?» —relata Genoveva—. A mí me tocaba echar una mano en todas partes. Bajaba a la cocina, pero no creas que a guisar, que era lo que me divertía, no, me encontraba una pila de cacharros. Me hacía fregar todo y luego me hacía pelar patatas. Pero mira, en mi vida eso es lo que tengo *ganao*, que siempre digo

<sup>23</sup> Kaplan, Temma, “Conciencia femenina y acción colectiva: el caso de Barcelona, 1910-1918”, en Amelang, James S. y Nash, Mary (eds.), *Historia y Género: Las mujeres en la Europa Moderna y Contemporánea*, Valencia, Alfons el Magnànim, 1990, pp. 267-275.

<sup>24</sup> Roca i Girona, Jordi, “Esposa y madre a la vez: construcción y negociación del modelo ideal de mujer bajo el (primer) franquismo”, en Nielfa Cristóbal, Gloria (coord.), *Mujeres y hombres en la España franquista: sociedad, economía, política, cultura*, Madrid, Universidad Complutense, 2003, p. 87.

<sup>25</sup> Genoveva Aguirre nació en 1938 en Santa María de Getxo donde sigue residiendo ya jubilada. La familia de Genoveva pertenecía a la alta burguesía vizcaína, ella era la séptima de diez hermanos y hermanas. Cuando llegó a la adolescencia como Genoveva no parecía una estudiante aplicada, su padre decidió que dejara de estudiar para ayudar a su madre en el manejo de su casa y del servicio. Al casarse continuó con su papel de ama de casa que había aprehendido de adolescente. Cuando sus cuatro hijos tuvieron edad de elegir profesión, Genoveva decidió que debía darles ejemplo poniéndose ella a trabajar fuera de casa. Es entonces cuando comenzó a ganar dinero a través de los conocimientos que había adquirido desde niña. De esta manera se puso a trabajar en una empresa de venta a domicilio de productos para la casa, poco a poco fue ascendiendo hasta que creó su propia empresa de catering.

lo mismo, que a pesar de que hemos tenido mucho servicio, me han *obligao* a hacer de todo y he aprendido a hacer de todo desde pequeña. Y mi experiencia es que luego para enseñarles a ellas<sup>26</sup>, lo primero que debes saber es hacer tú, lo demás no vale, y eso me ha servido a mí, para saber enseñar. Si tú sabes cómo hacerlo, le vas a enseñar y le vas a exigir que te lo haga bien hecho<sup>27</sup>.

Genoveva Aguirre se siente satisfecha con el papel que tuvo que ejercer en casa de sus padres, ayudar al servicio doméstico a realizar todas las tareas de la casa. A través de su madre y las chicas que estaban trabajando en la casa aprendió a hacer las tareas domésticas y a cuidar a los demás. De esa manera se formó como una *buena ama de casa* y le sirvió para que después, cuando ya tuvo casa propia, pudiera enseñar a las chicas que iba a tener en su casa. Se sentía a gusto sabiendo manejar la casa y pudiendo cuidar a sus hijos sin tener que salir de casa, educándoles como lo habían hecho con ella sus padres, en la austeridad y en el sacrificio del trabajo. Pero es más, Genoveva se siente orgullosa porque con el tiempo pudo hacer de ese aprendizaje un oficio, pudo comenzar a vender productos relacionados con el mantenimiento del hogar y después montar una empresa de catering. En un momento en el que el modelo de mujer trabajadora estaba convirtiéndose en el hegemónico, Genoveva Aguirre quiere identificarse con ese modelo y para ello no dudó utilizar su conocimiento en adaptarse al nuevo modelo de mujer trabajadora.

Como hemos visto, tanto señoras como criadas comparten el orgullo de *saber hacer*, entienden su proceso de construcción de la identidad ligado a la casa, la domesticidad constituye el pilar principal para ambas. De todas maneras, conciben el hecho de ser mujer de maneras muy diferentes. Elisa Robledo e Isi Herrera están satisfechas del tipo de mujeres que son porque ellas solas *pudieron con todo*, pudieron trabajar fuera y ser agentes económicos a la vez que manejaban su propia casa sin ayudas y sin cuestionamiento de su identidad. Genoveva Aguirre se siente orgullosa porque sabía llevar una casa y porque no tenía que abandonarla para trabajar fuera cuando el modelo ideal de mujer era el ama de casa. Pero también se siente satisfecha de que ha sabido adaptarse a los tiempos y, cuando el modelo de mujer trabajadora fue el dominante, supo inscribirse en él.

### 3. Relación entre *las que tienen que servir* y las servidas

La relación entre señoras y mujeres del servicio pasó por diferentes etapas a lo largo del periodo que estudiamos. En los cincuenta se trataba de una relación acorde con la concepción del servicio doméstico, es decir, con el oficio a perpetuidad y el amaestramiento de la sirvienta. A partir de los sesenta esta relación iba dejando sus tintes más paternalistas siendo una relación de señoras y empleadas de hogar conforme el servicio doméstico se fue convirtiendo en trabajo doméstico. A partir de mediados de

<sup>26</sup> Se refiere al servicio doméstico.

<sup>27</sup> Aguirre de la Villa, Genoveva, entrevista grabada, Getxo, 13 de enero de 2012.

los setenta nos encontramos con una relación de carácter más laboral a la par que más cercana, una relación de mujer a mujer, de una mujer en su papel de ama de casa a otra mujer como trabajadora de hogar.

Tenemos que considerar el paternalismo como la relación más común dentro del servicio doméstico desde finales del siglo XIX<sup>28</sup> hasta la década de los sesenta. Durante este periodo eran los padres quienes confiaban a la hija al servicio de una casa y transmitían su responsabilidad paterna a los señores de la misma. Los señores, a partir de entonces, debían ocuparse de la educación y alimentación de esa muchacha, asimismo debían mantener el contacto con los padres de esta para comentarles su evolución. Se trataba de una relación ilimitada porque estas chicas entraban en el servicio doméstico como un destino vitalicio. De hecho, la vida de la criada guardaba muchísimas similitudes con la vida monacal.

Pero a medida que el servicio doméstico dejaba de ser un oficio a perpetuidad la relación entre señoras y muchachas comenzó a entremezclar esa clásica relación paternalista con una relación profesora-alumna:

“Las chicas estas a mí me consta —confiesa Genoveva— que han tenido como un agradecimiento, un valorar lo que iban aprendiendo. Y claro, venían de pueblos, venían que no sabían más que de haber *andao* con el *ganao*, en la huerta... Esas chicas iban aprendiendo unos modales, aprendían a comer, a sentarse en la mesa, a recibir a la gente, aprendían a coser. Porque luego tenían su oportunidad, que se les dejaba los ratos libres a la tarde para hacerse su propia ropa, ¡los ajuares que se han *llevao* estas chicas cuando se han *casao*!... Luego ya un poco más adelante cuando las adoratrices<sup>29</sup> estaban aquí enseñaban a las chicas a bordar. O sea, ibas teniendo, una preocupación por ellas y para ellas era como una escuela de aprendizaje. Y tenías un contacto con su familia, continuamente, sí”<sup>30</sup>.

Genoveva Aguirre, al igual que hacían los medios de comunicación, remarcaba el origen rural de esas chicas para explicarnos las dificultades que se encontraban al llegar a la ciudad. Asimismo, nos cuenta lo que podían aprender en su casa, que iba desde cocinar hasta saber sentarse, atender a la gente, responder el teléfono... En opinión de Genoveva Aguirre, mediante esta *escuela de aprendizaje* se las enseñaba a ser mejores mujeres para que así, cuando se casaran, supieran manejarse en su propia casa. Genoveva tenía un sentimiento de obligación consistente en pulir a estas mujeres para que, a través de sus prácticas de domesticidad, estas últimas pasaran de niñas a mujeres y pudieran conseguir así cierto ascenso social.

<sup>28</sup> Para el estudio del servicio doméstico en el siglo XIX: Sarasúa, Carmen, *Criados, nodrizas y amos: el servicio doméstico en la formación del mercado de trabajo madrileño, 1758-1868*, Madrid, Siglo XXI, 1994.

<sup>29</sup> Curiosamente, las adoratrices constituyen una congregación religiosa que, desde mediados del siglo XIX, se encargó de atender a las prostitutas, un ejemplo más de la vinculación entre servicio doméstico y prostitución.

<sup>30</sup> Aguirre de la Villa, Genoveva, entrevista grabada, Getxo, 13 de enero de 2012.

Genoveva Aguirre reconoce que esa relación llega un momento que se rompe. Las chicas que entraron a servir a partir de los sesenta empezaron a desligarse de esa relación con los patronos. Aunque sigan estando internas, estas mujeres tenían un concepto de que iban a trabajar, no a servir ni a aprender. No se sentían criadas y tampoco parte de la familia, se sentían unas trabajadoras más, eso sí, trabajadoras de carácter especial:

“La convivencia interna, es dura —recuerda Elisa—. Me acuerdo que esta familia, esa señora que era un matrimonio solo, nos decía: «vosotras sois como de la familia», yo decía, «pero, ¿cómo trata esta gente a la familia?». Porque me acuerdo que una vez íbamos a pasar el verano a San Sebastián, y fuimos en el coche y nos quedamos a comer en un restaurante, pues comimos los señores en una mesa y nosotras dos en otra. ¡Madre mía!, y en casa por supuesto, nosotras en la cocina y el matrimonio aparte, eso en todas las casas. Muy separados, tú tenías una habitación y ya está. En esta casa era una habitación buena, pero en algunos sitios, la habitación era un trastero porque la habitación de la muchacha, allí, se dejaba todo, cabía todo. Y en la primera casa que estuve, tenía que cerrar la puerta para abrir la cama porque si no, no cabía”<sup>31</sup>.

Elisa Robledo nos muestra cómo interpretaba ella esta relación como un falso paternalismo. Ella llevaba muy mal esa separación de espacios y el hecho de que solo fueran consideradas de la familia en un sentido de obligaciones pero no de derechos. Resulta curiosa la forma diferente que tienen de valorar los espacios separados Elisa Robledo y Genoveva Aguirre: mientras Elisa entendía el comer separados como un menosprecio hacia las chicas del servicio, Genoveva lo veía un signo de mutuo respeto. Pero es que estos espacios separados eran indispensables para fijar la separación de clases, la separación era necesaria para marcar la diferencia.

Genoveva Aguirre lamenta el cambio de relación que vivió con las diferentes mujeres que pasaron por su casa, de cómo cambió de algo *entrañable* a convertirse en una relación muchísimo más fría:

“Pienso —recapacita Genoveva— que ha habido mucha pedagogía en contra el servicio, con la ridiculización, de poner mal a la señora de que trata mal al servicio. Entonces te da pena porque realmente ves que de repente todo eso ha ido desapareciendo. Hay una especie de choque fuertísimo, yo sí he *notao* una diferencia, cómo han ido cambiando los tiempos de ser algo entrañable, algo que estabas con ilusión de enseñarles, a ir notando que ellas mismas se iban crispando es algo que ha *creao* una barrera”<sup>32</sup>.

Genoveva Aguirre asume con tristeza el cambio, el fin de la era de las criadas porque ya nunca iba a tener con estas mujeres una relación tan estrecha como la que tuvo con su niñera o la niñera de sus hijas. No debemos entender esta nueva relación como una

<sup>31</sup> Robledo, Elisa, entrevista grabada, Bilbao, 27 de abril de 2010.

<sup>32</sup> Aguirre de la Villa, Genoveva, entrevista grabada, Getxo, 13 de enero de 2012.

especie de lucha de clases porque se pudieran dar situaciones de crispación. Hemos de comprender esas crispaciones como efecto de un cambio de modelo, efecto de la crisis del antiguo servicio doméstico, de la transición entre servicio doméstico y trabajo doméstico.

Sin embargo, las mujeres que habían trabajado de internas vivieron el cambio de modelo como una liberación: “El estar de interna es muy duro porque tienes un roce, o lo que sea, y tienes que convivir, y duermes también ahí. Hoy vas, haces las labores de la casa, la comida... y te vienes a tu casa, y el roce lo dejas en el trabajo”<sup>33</sup>. Se sienten menos tuteladas, más profesionales, ahora pueden llevar a cabo un trabajo que se mueve en unas condiciones más parecidas al trabajo de sus maridos. Aunque el trabajo en sí sea el mismo ya no lo conciben igual, ahora incluso se sienten reconocidas:

“Hemos tenido suerte —confiesa Isi— porque hemos *estao* trabajando con gente que les hemos hecho la comida, han dependido de nosotras y ha habido gente que nos lo ha reconocido. Mira yo iba a casa de un matrimonio que tienen la consulta en Bilbao y los dos son médicos, mira venían y es que el agradecimiento que yo veía en ellos y en esos niños... Son cosas que te valoraban más la gente que estabas trabajando *pa* ellos, que el obrero tuyo mismo”<sup>34</sup>.

Isi Herrera se siente muy contenta con el trato que ha recibido por parte de muchos de sus empleadores y reconoce que ella ha tenido suerte con la gente que se ha encontrado. Se siente satisfecha porque en su trabajo pudo encontrar un reconocimiento que en su propia familia nunca encontró ya que su marido daba por hecho que por ser mujer debía hacer todas las tareas de casa. En cambio, fuera de su casa era una trabajadora a la que se le agradecía el trabajo bien hecho.

Desde que el servicio doméstico se convirtió en trabajo doméstico, se fueron tejiendo nuevas relaciones, esta vez más próximas a unas relaciones laborales de empleadora-trabajadora. El trato se fue convirtiendo en un trato más igualitario como reconoce Elisa Robledo: “en casi todas las casas la mujer trabaja. Va a trabajar ella en una cosa y tú le haces la casa, sí. Y estas en igualdad casi de condiciones porque ahora te tratan pues como una más”<sup>35</sup>. A medida que se fue consagrando el modelo de mujer trabajadora, ahora *señora* y *criada* eran trabajadora y trabajadora, eran mujeres a las cuales se les seguía adjudicando los quehaceres familiares. Dada la naturaleza intrusiva del trabajo y el hecho de compartir problemas similares, estas mujeres no llegaron a una relación de amistad pero sí tejieron otra de mutua complicidad.

#### 4. Conclusiones

En este artículo he intentado demostrar la complejidad del servicio doméstico durante el franquismo a partir de su imaginario y de las mujeres que trabajaron o se

<sup>33</sup> Robledo, Elisa, entrevista grabada, Bilbao, 27 de abril de 2010.

<sup>34</sup> Herrera, Isabel, entrevista grabada, Trapagaran, 26 de abril de 2010.

<sup>35</sup> Robledo, Elisa, entrevista grabada, Bilbao, 27 de abril de 2010.



relacionaron con él. La imagen que el Régimen emitía sobre la mujer, una abnegada ama de casa, reforzaba la importancia del servicio doméstico ya que relegaba a las mujeres a un papel económico secundario con respecto a los hombres. El servicio doméstico además constituía una estrategia migratoria con la que las mujeres del mundo rural podían emigrar a la ciudad y cumplir mejor con sus expectativas de juventud. En este sentido, hemos intentado subrayar la capacidad de agencia de estas mujeres que no dudaron en cambiar radicalmente de vida con la intención de poder progresar.

La importancia del servicio doméstico en la sociedad quedaba reflejada en todos los medios de comunicación de los sesenta que recogían importantes cambios que se estaban dando en el sector. Solían proyectar una imagen de la criada como una mujer rural, pobre, basta, inculta y a menudo aludían a una dudosa moralidad. Hemos dado muestra de cómo al mismo tiempo se daban diferentes definiciones de la palabra criada ya que también se las observaba como *auténticas mujeres* por ser ajenas a los *vicios* de la ciudad y saber manejar una casa.

Por medio de las historias de vida hemos intentado contrastar los tópicos existentes sobre señoras y criadas con testimonios de mujeres reales. Así, hemos comprobado que las mujeres que trabajaron en el servicio doméstico han tenido un fuerte espíritu de superación y, cómo a partir de un sector que en principio parece marginal, han podido promocionarse e identificarse como mujeres trabajadoras. Estas ansias de superación y el proceso de identificación como trabajadoras fueron de la mano de la aparición de un nuevo agente histórico, la interina. La interina iba en sintonía con un nuevo ideal de mujer, el de la mujer trabajadora, y el cambio del servicio doméstico al trabajo doméstico.

El régimen de internado había favorecido que los señores de la casa mantuvieran con respecto al servicio una actitud paternalista. A medida que este régimen fue perdiendo importancia y las interinas fueron adquiriendo un mayor papel en la sociedad, se dieron nuevas y más complejas relaciones entre señoras y las anteriormente denominadas *criadas*. Señoras y trabajadoras habían construido su identidad a partir de la mutua diferenciación, de la oposición binaria. Mientras las segundas se sentían satisfechas por ser útiles para la sociedad y trabajadoras, las señoras se sentían orgullosas por ser unas verdaderas amas de casa y no abandonar su domesticidad. Aunque esos procesos de identificación-diferenciación se mantuvieron, con el cambio del servicio doméstico por el trabajo doméstico se pasó de una relación que basculaba entre el paternalismo y el magisterio, a otra donde se dieron procesos de mutua admiración y complicidad. Con la consagración del ideal de la mujer trabajadora, tanto empleada como empleadora eran trabajadoras, la relación comenzó a parecerse a una relación laboral a la vez que se volvía una relación más cercana a la de mujer a mujer. Esta situación favoreció que, en muchas ocasiones, empleadas y empleadoras pudieran encontrar espacios de comprensión. No serían amigas pero por la naturaleza intrusiva del trabajo y por compartir funciones consideradas socialmente como femeninas crearon espacios de complicidad.